

El Balaarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7 1/2
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 15

Sevilla—Sábado 18 de Enero de 1902

AÑO XXVI

MAL CRONICO

Los motines, las asonadas, las huelgas, las alteraciones de orden público, parece como que han tomado carta de naturaleza desde hace algún tiempo, y adquirido el padecimiento un carácter crónico que dará al traste con la vida del paciente, después de los grandes dolores que causan estas afecciones que minan el organismo y destruyen la más robusta naturaleza.

Peró el motivo de la calle, es la indisciplina de los organismos y corporaciones oficiales en que se lucha á brazo partido, ya en defensa de un gobernador que supo contener las masas carlistas; ya como en San Sebastián, adoptando un acuerdo para que cese una fiesta bárbara; ó ya como en Barcelona, interviniendo directamente en las huelgas y obligando al Gobierno á aprobar en público lo que se secretamente había condenado.

Y es que todos los resortes se han aflojado, que el Gobierno ni gobierna, ni tiene autoridad, ni hace pesar la influencia apoyada por la autoridad de la dirección del Estado, con su responsabilidad.

Pero es que aquí están ya trocados los papeles. Ya no se sublevan los republicanos, ni perturban el orden, ni excitan á la revuelta; si protestan, lo hacen de un modo comedido y prudente; son, en cambio, los organismos oficiales y el lastre del Gobierno y de los partidos monárquicos los que se rebelan contra sí mismos, y tienen en constante alarma al país; y al mismo tiempo que ese gobierno se ve asediado por los motines oficiales, digámoslo así, siente también los efectos de otros golpes y de otras heridas que se le infieren en determinadas regiones, para poner coto á pujos de radicalismo, que luego se apoyan en la cartera que el ministro no sabe abandonar como medida adecuada al desaire recibido, y como daño interido en las entrañas mismas del liberalismo y de la patria que representa ó que debe representar.

Así ocurre con el asendereado asunto de nuestras relaciones con Roma, en que el ministerio Sagasta ha sufrido con paciencia desaires de allá y de acá, que entrañó de lleno en la categoría de los que no se pueden oír con paciencia ni tolerar con mansedumbre.

Contra eso no cabe más que romper decididamente, y sin consideración alguna, los vínculos, y renunciar á una confianza con que no se cuenta, ó hacer pública y solemne abdicación de toda relación con las ideas y todos los compromisos con el honor de la patria y con la dignidad del pueblo.

Y esta manera de insurrección ó de sublevación es la más grande de todas, porque se pone mano en la Constitución, saltando por encima de ella y concluyendo con el fundamento principal de un régimen de libertad, en que las Cortes con el rey legislan, y los ministros son responsables por lo mismo que toda iniciativa ha de partir de ellos, y toda acción, ó asunto, ó relación de gobierno, no sólo los consejeros son los llamados á resolverla, aceptando la responsabilidad de la misma, sin otras ingerencias y sin iniciativas extrañas, que por desgracia van siendo, de algún tiempo acá, bastante frecuentes, y parece como que ya se dejan sentir de un modo tan activo, que no es extraño que á D. Alfonso González se le haya recrudecido su padecimiento. Y algo más que irá viendo sucesivamente el curioso lector cuando se penetre bien de que padecemos una afección pontífice-vaticanista, y que contra esta afección no se permite la administración de remedios, ni más tratamiento médico que el que convenga á Roma.

Así lo dice quien puede.

A. A.

Murmuraciones

Aviso á los ladrones de toda la península:

EN LA CIUDAD DE SEVILLA HAY PERMISO PARA TRABAJAR.—LA POLICIA NO SE ENTERA, Y, SI SE ENTERA, LO MISMO QUE SI NO SE ENTERASE.

Nuestro excelentísimo señor Gobernador de la provincia, en cuanto puso pie en tierra sevillana, dijo que todo lo que estaba desarreglado lo iba á arreglar.

Al efecto, y para que todos los vecinos se lo creyeran, comenzamos los periodistas á tocar el bombo, y á decir á pregón:

—Acaba de llegar.... á nuestra provincia.... un Gobernador.... que dice.... que va á poner.... todo esto en orden.

Y efectivamente: Un día arregla eso de los fondos de la Sección de Higiene, caballo de batalla y portamonedas de todos los gobernadores.

Otro día se compromete á crear, es decir, á hacer todo lo posible para que Sevilla cuente con un cuerpo de bomberos, como si no tuviera bastante con los chicos y grandes de la prensa, que no dejan el bombo de la mano un minuto.

Otro día, ú otra tarde, se va á presidir eso de las Juntas católicas, reunión de dignísimas señoras que en todo se ocupan menos en el arreglo de su casa.

Y.... así por este estilo.

Para cuando no tenga que hacer, cuando ya se encuentre aburrido en esta tierra, en la que no hay, como en Cádiz, una *soirée de Capuchin* por minuto, para entonces.... arreglará eso de la policía.

A dicho señor Manzano le debemos la total supresión del juego prohibido—según dicen los que visitan los garitos oficiales y extraoficiales—pero.... también le debemos que no se pueda andar por la calle sin revolver.

¿Es, acaso, que lo uno con lo otro tiene conexión?

Pues si la tiene, excelentísimo señor Gobernador de la provincia, deje abrir los garitos y que las personas honradas podamos ir por las calles con la más santa tranquilidad.

Lo que sucede en Sevilla es una vergüenza.

Los señores *Mantaalombro*, *Quitaalforjas*, *Habichuela*, *Caracortá*, *Manolarga* y *Uñafina*, han llegado en el expreso de Madrid, y no hay reloj con dueño conocido, ni casa que no visiten, ni capa que no esté á punto de cambiar de dueño.

Tenga en cuenta el señor Manzano que Sevilla no es Cádiz, sino que es un poquito mayor, y aquí se achican las mayores estaturas.

—¡Yo tengo estatura y lo otro...!—me dirá el señor Manzano.

Y yo no se lo niego.

Pero sí le diré que el movimiento se demuestra andando; y, como apesar de sus buenos propósitos—que yo no pongo en duda—siguen las cosas peor que estaban, le argüiré con las frases de Galileo:

—¡E pur si muovel!

Que aquí quiere decir:

—¡Pero se roba á Cristo padre enemigo de la calle!...

A los ingleses los boers le han dado otra gran paliza... ¡No sé si es la mil catorce ó la milésima quinta, lo que sé es que el mes de Enero parece que lleva prisa para reventar ingleses con sorpresas y guerrillas!...

El País de Madrid da explicaciones, en su número llegado hoy á Sevilla, del por qué se decide á publicar en París lo que en España no puede publicar.

Cuenta tan valiente y simpático colega, que los españoles que habitan en la gran República francesa le escribían lo siguiente:

«Han cambiado mucho las cosas. Todo el mundo es libre. España sigue siendo un calabozo en medio de Europa, para siempre emancipada. En veinticuatro horas se pasa la frontera. Venid á los países de cielo brumoso, pero de radiantes libertades. Escribid aquí, en París, en Londres, en Berlín, en Bruselas, donde el ciudadano es un hombre y el gobierno no es un bandido.»

¡Qué buena opinión tienen en el extranjero de nuestro gobierno central!

—Diga usted gobierno nacional.

—No me da la gana, señor. Nacional es aquello que está formado y querido de la nación; y como en la formación de nuestros gobiernos no entra para nada la voluntad nacional, el gobierno es un gobierno central, para andar por casa. Aparte de que en cada región manda el cacique de turno, unas veces en connivencia con el gobierno central, y otras en connivencia con el interés particular de cada quisque.

Pues bien; el colega oyó la voz de sus amigos, y ha decidido dar la campanada. Y ya se sabe que campana que suena en París, repercute en el mundo entero.

Y explica su resolución del modo siguiente:

«En París, al amparo de la gloriosa República, iremos á narrar á los pueblos Extranjeros la esclavitud y el martirio de la pobre España.

Tenemos el deber de hacerlo por nuestros

compromisos con el público, con los republicanos, con la Federación revolucionaria, que nos impone energías imposibles en España. Se renuncia al derecho, pero no al deber de propagar la verdad.

Allí diremos lo que aquí callamos. Maniatados, amordazados en España, en París, gracias á nuestros amigos, seremos libres. Y nuestra protesta en nombre de una Patria naufraga y sin ventura, recorrerá el mundo, comoverá los corazones de todos los hombres honrados, como en el pasado siglo el lamento de los patriotas desterrados, que unificó á Italia y emancipó á Grecia, y como ahora los heroicos boers se atraen la piedad y la admiración de los pueblos, si bien España, con su debilidad ocasionada por la sangría suelta de tres siglos de monarquía absoluta, no pudiendo ya asombrar con sus heroísmos, limita su aspiración á ser compadecida por sus infortunios.»

¡Ay!... No sabe el colega bien el alcance fundamental de esas palabras que dice.

Y no lo sabe, porque él vive en Madrid, en donde, si una vez se encuentra desamparado y vejado y perseguido, cincuenta veces ha podido defenderse con sus relaciones al amparo del derecho....

Donde esas palabras tienen eco resonante es en estas provincias de los caciques, en donde, el valiente que lucha, no encuentra otro asidero que el silencio ó el martirio, la cárcel ó el destierro.

Si ustedes, con vivir en Madrid, en el centro de las pandillas de tanda, no sabéis una pizca siquiera de los horrores que pasan en la nación.

Lo sabemos nosotros, que vemos meter un día y otro la ganzúa en las arcas del dinero á cualquier Cilindriqui despreocupado, y al día siguiente nos enteramos de que ha pasado á ser gran señor D. Cilindriqui.

Lo sabemos nosotros, que conocemos y tratamos á magistrados honradísimos, que, no obstante ocupar el alto sitial desde el en que se administra justicia, nos dicen tristemente:

—Nosotros somos tan parias como los infelices siervos que ganan el pan por el favor. Si obramos en conciencia, y con arreglo á lo que las leyes nos dictan, nos llevan de ceca en meca y nos arrufnan.

¡Ay!... *El País* no conoce hondamente lo que significan, y el valor que tienen, las palabras transcritas.

Lo sabemos nosotros, quienes, al leerlas, parece que llega á besar nuestra frente una brisa saludable de esperanza.

Dice *El Liberal* de hoy:

«Sé que AFORTUNADAMENTE no ha muerto el diestro *Jaqueta*, como algunos aquí creen. Vive, y está saludable....»

¡Respira tranquilo, Pepel! ¡Vive *Jaqueta*, señores! ¡Vaya, AFORTUNADAMENTE! ¡Qué fortuna para España, la España del siglo veinte!...

Se puede ser monárquico en una nación donde suceden estas cosas:

«Berlín 17.—Es objeto de muy animados comentarios lo ocurrido al príncipe heredero en el colegio donde estudia.

Según parece, tuvo una cuestión con un compañero, y éste dimitió, haciendo con él causa común todos los demás educandos.

El emperador, procediendo con justicia, llamó al alumno ofendido, dándole explicaciones y prometiendo que el príncipe sería retirado del colegio.»

Pero donde sucede lo contrario, hay que ser republicano.

Ya que no sea uno anarquista, porque.... en seguida lo meten en la cárcel.

El Liberal de Madrid, acordándose de que es republicano á ratos, se arranca valientemente en defensa de *El País*.

Y exclama:

«Tiempo atrás, y en épocas de oposición, artículos de igual especie que los de *El País*, insertos por periódicos que hoy, desde el poder ó desde sus antecelas, ponen el grito en el cielo, obtuvieron inmunidad é impunidad, gracias á un préstamo de firma del propio Sr. Sagasta y de muchos que han sido, son ó volverán á ser ministros de la corona.

No hacemos de ello argumento, por considerar muy humano, aunque muy inmoral, el que con las glorias se pierdan las memorias; si lo hacemos del caso inaudito de que los gobernantes, convertidos en lacayos ó en polizontes, conculquen subrepticamente la ley, de que se dicen guardadores natos.»

Señores: ¡serán atrocidades las que están cometiendo, cuando una persona tan formal co-

mo *El Liberal* de Madrid se pone las manos en la cabeza!...

El Liberal de Sevilla la emprende hoy contra el propietario de una casa de la calle Placentines de esta ciudad, quien, sin encomendarse más que al almirante Bonifaz, ha colocado en su fachada una lápida que dice al pie de la letra:

«AQUÍ VIVIÓ
Y MURIÓ
EL ALMIRANTE
BONIFAZ.
EL INTERIOR
DE ESTA CASA
CONSERVA DETALLES
ANTIQUÍSIMOS.»

Y dice el colega que aunque dicho almirante Bonifaz....

«Tuvo repartimiento en la población y le fueron concedidas por el monarca castellano fincas importantes, como á otros muchos caballeros, no se ha precisado aún, ni es posible, cuales fueron éstas, ni mucho menos dónde tuvo su domicilio aquel personaje, que ahora, por obra y gracia.... aparece domiciliado puntualmente, como si se hubiera tenido presente su *cédula de vecindad*.»

A lo que dirá el propietario de la finca:

—Por esa misma razón, porque ese pormenor se le ha escapado á los historiadores, es hora ya de que se puntalice. Y.... comienzo yo diciendo:—Aquí vivió y murió el almirante Bonifaz. Y.... comienza el llo. Usted, señor Chaves, lo pone en duda. En cambio, cualquier otro señor que no se llame Chaves, sino Chaveta, lo creará, cuando entre en mi casa y admire ciertas manchas de brea que denotan á las caras que aquí vivió y murió el almirante Bonifaz.

Y estos son los pormenores de casi toda nuestra historia local.

¡Ochaveos de anucuarios para cazar ingleses!

Yo conozco una familia que no vive de otra cosa que... de hacer candiles, y ánforas romanos, y platos árabes.

¡Y todo lo vende como pan bendito!

CARRASQUILLA.

El ministro de Palacio

Ya se habrán enterado nuestros lectores de todo lo que se viene hablando hace tiempo á propósito de la nueva organización de la casa del rey y de los personajes más indicados para ocupar el cargo de jefe de ella ó ministro del real palacio, que hay quien así desea que se denomine el cargo cuando el joven rey sea declarado jefe de la familia y éntre en posesión efectiva del trono.

El habilidoso Silvela ya intentó hacer la reforma á tiempo, con dos objetos: organizar á su gusto la casa real y quitarse un enemigo molesto, designando para el cargo al duque de Tetuán, pero éste rechazó la oferta, y como descontento el duque no le resultaba la combinación, se desistió por entonces del propósito.

Ahora ya es otra cosa: el tiempo apremia y es preciso arreglar y organizar la casa real antes de Mayo, y las intrigas se han desatado, las ambiciones andan sueltas, y entre magnates palatinos y políticos de oficio se está librando rudísimo combate por la persona que ha de ocupar el cargo y las cualidades de que ha de estar adornada, para que no padezca la etiqueta y triunfen los blasones.

No quieren los palaciegos que la burguesía tenga acceso á aquel elevadísimo puesto, que estiman les corresponde por derecho propio.

Pretende el Gobierno que el cargo debe tener mucho de político, y que á un político debe nombrarse, aunque haya que consagrarle con la investidura de títulos y grandezas.

A nosotros ni nos va ni nos viene, ni nos importa un comino que sea jefe del palacio un grande ó un burgués, que lleven á aquella jerarquía á un plebeyo, ó que sea investido con el cargo un noble.

Este es asunto de la familia monárquica que á ella interesa y que á ella incumbe resolver, que para el pueblo estas cuestiones no le afectan más que desde el punto de vista del abandono en que se tienen los intereses nacionales y los grandes problemas pendientes mientras Gobierno y

oposiciones monárquicas palaciegos y caciques, no se ocupan de otra cosa.

La adolescencia sin tutela de sus conve- jero, y es natural, los cuídaderos pretenden in- niencias y de su inteligencia joven que no fluir dirija el completo desarrollo para el co- perimiento de las causas de ciertos hechos, ni siquiera de las personas.

Analice el país las negruras de un porvenir próximo ante el desate de las pasiones, que ya comienzan a manifestarse de modo tal, que hace temer días de luto é intestinas contiendas, que seguramente acabarán con lo poco que nos queda, y entre estas positivas tristes desventuras por la naturaleza del sistema y las esperanzas en los fundamentos de un régimen que se apoya en la voluntad de los ciudadanos, en el ejercicio de los derechos de todos, que tiene como base la amovilidad y la responsabilidad, y como órgano de ejercicio y de ejecución la experiencia, los talentos y la voluntad de los más, ni puede ser dudosa la elección, ni hay pueblo en el mundo que, dándose cuenta de sí mismo y teniendo conciencia de los derechos humanos se ate al carro de la opresión y de la inexperiencia ó al azar del nacimiento, en vez de conducir por sí mismo y designar al timonel que ha de guiar la expedición hasta la feliz arribada del puerto de salvación de la patria y de la garantía de todos los derechos, realizando el progreso, que sólo pueden lograrlo las instituciones democráticas.

A.

¿Y NO HAY CUESTION RELIGIOSA!...

—¿Pero es que realmente existe la cuestión religiosa?—preguntan mucha veces en Madrid los doctores Pangloss de la restauración que, agarrados al poder ó cercanos á él, creen vivir en el mejor de los mundos.

—No—dictamina algún Nestor liberal ó conservador con expresión majestuosa.—No existe tal cuestión. España es católica, apostólica, romana, y está conforme con lo existente. Todos esos pretendidos movimientos de opinión contra el llamado clericalismo son algaradas revolucionarias; obra de anarquistas y republicanos que no transigen con nada de lo actual...; en fin, el trabajo oculto de cuatro pillos, enemigos del orden, á los que hay que fusilar.

¡Admirable ceguera la de esos hombres, si realmente no ven lo que les rodea! ¡Portentoso aplomo para mentir el suyo, si, dándose cuenta de la situación, fingen no conocerla! Estos dinásticos que niegan en España la existencia de una cuestión religiosa, son semejantes á las familias que tienen la peste en casa, y para que no las aislen ó las expulsen, niegan su existencia. Ellos siempre negando, y mientras tanto la terrible enfermedad va haciendo presa en sus personas, y hoy abate á uno y al día siguiente mata á otro.

«No; no existe cuestión religiosa» afirman los conservadores, y Silvela descendió de cabeza desde las alturas del poder acompañado por el tepiqueo de las vidrieras de los conventos, que caían hechas añicos bajo las populares pedreas; y poco faltó para que sirvieran de blandones funerales á su gobierno unas cuantas residencias de jesuitas entregadas á las llamas.

—Eso de la cuestión religiosa es una filfa—gritan los liberales—gobernando nosotros todo se acaba. ¡Si sabrá de estas cosas D. Práxedes, que ha sido Gran Oriente!... No mandando los conservadores todo va bien. La gente está contentísima con Sagasta... porque es muy liberal. A la clrigalla la tenemos en el puño.

Y comienzan ya á hablar los periódicos de que el gobierno suspenderá en Marzo el decreto que dió últimamente sobre las asociaciones religiosas. «reconociendo que no puede aplicarse.»

De todas las promesas que formuló Sagasta antes de subir al poder, cuando vivíamos aplaudiendo *Electra* todos los días, pidiendo el *Himno de Riego* y la caída de los conservadores, la única que se atrevió á iniciar y cumplir á medias fué la de la limitación de las órdenes religiosas, sujetándolas á restricciones legales.

Con no ser gran cosa el decreto, resultó lo más audaz, gallardo y reformador que pudo osar el actual gobierno, y ahora resulta que antes de cumplirlo piensa ya en retirarlo. ¿Por qué?... Porque aquí no existe monarquía, ni nación... ni nada. Somos siervos del Vaticano, como ya he dicho y demostrado varias veces. Esa familia; que nos cuesta diez millones de pesetas por año, no es más que una dinastía alquilada que vive feliz desempeñando su papel y sabe que el amo le quitaría la prebenda apenas osase mezclarse en los asuntos de la nación y sostener un criterio propio. El señor de nuestros destinos está

de España; el verdadero amo que mueve á su antojo, ese ejército de ocupación de sacerdotes de todas clases y colores, acampado sobre la Península, reside en Roma; la potencia que hace años ha conquistado nuestra patria dejando la bandera y una sombra de independencia es el Vaticano, y por esto las masas indignadas, con el instinto infalible que tienen siempre las grandes colectividades, no se limitan en su santo anhelo de revuelta á ir contra los reyes, que sólo son las manos, sino que apuntan más alto, y tirando contra el clericalismo, contra jesuitas y frailes, tiran á la cabeza del eterno enemigo.

Ha bastado; sin duda, que el gobierno del Vaticano torciese el gesto, para que inmediatamente Sagasta—ese fracmasón y antiguo tribuno de barricadas, tan indiferente y con la propia historia, que la emplea para limpiarse los escapes de vientre senil—se haya apresurado á retirar un decreto acogido con aplauso por la opinión y exigido por una serie de motines y agitaciones, que dieron á los liberales el poder.

—Pasen vuestras paternidades—dice el jefe del gobierno abriendo las puertas de España á la invasión frailuna.—Muchos tenemos en casa pero apretándose aún quedará un hueco para los que llegan. Lo quiere nuestro Santo Padre y basta. Hay que vivir sin desprenderse de las santas tradiciones, y España debe ser el cesto de la basura donde arrojen los demás pueblos la suciedad que les estorba. ¡Entren, hermanitos! ¡Bevo á ustedes lo pies, reverendas madres!...

¿Y no hay cuestión religiosa? Cae Silvela porque el pueblo español intenta quemar conventos, y Sagasta sube aprovechando este movimiento de opinión.

Ahora Sagasta ve próxima su ruina porque molesta al Vaticano con un levísimo intento de represión frailuna, y quiere evitarla desvirtuando su anterior resolución, mientras Silvela dirige un llamamiento á sus huestes para que se reconstituyan, viendo ya cercano el momento en que le devolverán al gobierno de la nación, quitándole á los liberales por sus conatos de política anticlerical.

¡Qué más!... Anuncia el ministro de Instrucción pública, conde de Romanones, un viaje á Valencia para inaugurar la Escuela Oficial de Comercio (cuya fundación solicitamos todos, absolutamente todos los diputados valencianos), y sin reparar que el fin de su viaje no es político, sino para generalizar la instrucción de los dependientes de comercio y de los obreros, osan los estudiantes reaccionarios, los *tuises*, todo el coro angelical educado por los jesuitas, preparar una silba á dicho ministro, sin acordarse de que esta ciudad es la más anticlerical de España.

Los dos enemigos siguen frente á frente. ¡Ay del que finja no verlos! Tal vez metiéndose entre ellos reciba los golpes de ambos.

Aquí, hoy por hoy, todas las cuestiones palidecen y pierden importancia al lado de la religiosa. El pueblo casi olvida la farsa monárquica y el desbarajuste económico para fijarse en la preponderancia del clericalismo y sus insolentes intentos de engrandecimiento.

Se comprende que así sea. Aparte de que es un absurdo intolerable ver á España convertida en el refugio del detritus clerical de Europa, hay entre nosotros miles y miles de seres que han sufrido en su honra, en su fortuna y en su tranquilidad la influencia horrible del jesuitismo de sotana ó de levita, y claman venganza.

Hace pocos días hablaba yo con un señor de gran cultura y envidiable posición social.

—Nunca me he mezclado en política—decía—no me preocupan las formas de gobierno: lo mismo me importa una República conservadora, como la de Francia que, una monarquía constitucional donde la libertad, aunque no está consignada en las leyes, resulta en las costumbres... ¡Pero el día que vaya usted á quemar el convento de los jesuitas, cuente conmigo y con tres hijos que tengol...

Lo decía con firmeza, con sincera convicción, y viendo yo en el brillo de su mirada todo un pasado de odios amasado en el silencio de muchos años de impotente rabia, me decía:

—¡Qué de infamias debe guardar este hombre de los seráficos compañeros de Jesús!...

BLASCO IBAÑEZ.

De actualidad

En un circo de Génova, al entrar la domadora Hoffman en la jaula, derribó una pantera, destrozándole la cara y las manos. Pánico en el público

El marido y los criados sacaronla. Está muy grave.

El *Liberal* censura al Gobierno por la persecución de la prensa.

Preferible sería que aboliera la libertad de imprenta.

Dicen de Zaragoza que en el cuartel de Tórrero está en capilla el soldado parricida Pablo Guillén y el fusilamiento será mañana.

En el colegio de San Luis de Orense desprendióse un balón donde estaban cuatro escolares asomados.

El ministro de Agricultura ha desistido del viaje á Sevilla.

En Las Palmas ha causado estragos horribles un ciclón con lluvia de arena: árboles arrancados: grandes destrozos.

En el momento de la tempestad inicióse el incendio de la banca inglesa, destruyendo el edificio y almacenes próximos.

Las pérdidas ascienden á medio millón de pesetas.

En el puerto fuese á pique una gabarra de carbón.

En el arrecife perdióse la goleta *Rosario*.

El Gobierno dícese que está preparado para sofocar cualquier intentona carlista en la coronación del rey.

Sabe que se elabora en algunas regiones.

Dicen de París, que paseando en automóvil por la calle de Rivoli la duquesa de Alba, chocó con un tiburí.

Rompió los cristales, y uno hirió en la cara á la referida dama.

En el teatro Breslaw incendióse el escenario. En el público suscitóse pánico: numerosos contusos: tres actores heridos.

El Senado de Washington ha recargado el 75 por 100 á la importación de los artículos filipinos, rebajando la exportación yanqui.

Dicen de Murcia que hay excitación entre los huertanos.

Un grupo de 600 situóse en las afueras, tratando de impedir la entrada de hortalizas.

Disolvíolos la policía, evitando manifestación por la ciudad.

Témese para mañana la reproducción del conflicto.

En la Unión (Cartagena) celebraron un meeting las Sociedades obreras y otras personas.

Inicióse suscripción que llegó á 75.000 pesetas para socorro de los obreros de la minas.

Acordóse pedir á la Regente, el Gobierno y las Cámaras, la supresión de los derechos de exportación sobre los plomos argentíferos y rebaja del impuesto de minas.

DE COMO SE SALVO VOLTAIRE

—Largo de ahí, farsantes, escandalosos, borrachos—gritaba furioso el apóstol.

No por eso cesaban los de afuera de aporrear la puerta con tan gran ímpetu y denuedo que los golpes repercutían en todos los ámbitos de la mansión.

—¿Qué sucede, Pedro?—preguntó Dios, sorprendido por el inusitado estrépito.

—Es una muchedumbre de perdidos que dan golpes y vociferan diciendo quieren entrar. Sin duda han leído ellos que el reino de Dios sufre violencia y tratan de violentar la puerta. Hay personas que entienden así el Evangelio.

—Déjales pasar, ordenó el Omnipotente.

Obedeció Pedro de mal talante é interpretando á su manera el divino mandato, entreabrió la puerta diciendo á los amotinados:

—El Señor permite que pase una comisión de entre vosotros.

¡Una comisión! San Pedro usaba ya la fraseología parlamentaria.

Un grupito penetró en tropel por el resquicio abierto y el celeste portero se apresuró á cerrar tan bruscamente que á punto estuvo de coger á Ovidio los dedos en el quicio. El de las *Tristes*, como tantos otros, se quedó tristemente fuera.

Cuando los comisionados llegaron á la presencia del Altísimo, todos los santos de la corte celestial, atraídos por la novedad del nunca visto suceso, rodeaban el trono del Eterno.

—¿Qué queréis?—preguntó Dios á los intrusos.

Nadie contestó. ¡Cosa rara! Los más grandes oradores de todos los tiempos, Demóstones, Cicerón, Burac, Mirabeau, Castelar, se hallan presentes, pero sea por cortedad, temor de fracaso ó recíproca cortesía ninguno de aquellos soberanos artífices de la palabra osó romper el silencio.

Tras larga pausa adelantóse un sujeto de exterior modesto, sencillamente ataviado y con cierto aire de cuáquero. Era Benjamín Franklin.

—Señor—dijo—yo expondré el asunto que aquí nos trae en términos breves y claros, que por algo se me ha llamado el hombre del sentido común.

Nuestra demanda se reduce á pedir que se ensanche el cielo.

Un murmullo de asombro circuló entre los elegidos. ¿Ensanchar el cielo? ¿Caba pretensión más descaminada? Los santos más austeros no pudieron suprimir una sonrisa.

De entre todos los varios rumores destacó clara y cristalina la carcajada de un arcángel.

—Explícate—dijo gravemente el Señor.

—Es hoy el cielo, Señor la estancia de la virtud, pero solo de lo católico y ortodoxo. Queríamos nosotros que ninguna virtud fuera excluida de las celestes recompensas. La virtud pagana de los estóicos, ¿es menos meritoria que la cristiana de los santos? Un Epicteto y un Marco Aurelio ¿no figurarían dignamente al lado de un San Vicente Ferrer ó de San Francisco de Asís? Si aquí moran los buenos ¿dónde tiene su morada Sócrates? Si esta es la mansión de los justos, ¿cómo pueden vivir fuera de ella un Artístides y un Catón? Los faquires indios, ¿fueron menos penitentes y sintieron con menos intensidad la eed de lo infinito que los monjes de la Tebaida? Los mártires del patriotismo, de la ciencia, de la libertad ¿son menos dignos de aplauso y galardón que los mártires de la fé? Nuestra aspiración es que la recompensa inmarcesible alcance á cuantos mortales han honrado á la especie humana sacrificándose por grandes y nobles fines.

Ni siquiera excluiríamos á los herejes. Bruno y Savonarola pudieron errar pero, ¿en qué amengua el extravío de su mente la grandeza moral de su inmolación?

La audacia de semejante afirmación promovió entre los bienaventurados nuevos rumores de extrañeza. ¿Qué se proponía aquel osado innovador? El, imposible, sin cuidarse de las protestas que suscitaban sus palabras, continuó hablando de esta suerte:

—Ni aun esto basta á satisfacer nuestros anhelos de reforma. Nosotros aspiramos á que no solo la virtud, sino también el genio halle en el cielo acogida.

Indescriptible fué el tumulto con que el santo auditorio acogió proposición tan extraña. Todos hablaban á la vez. Hubo acaloradas polémicas.

Sostenían los más que debía imponerse silencio y aun castigo á aquel cínico revolucionario que quería llevar la perturbación á la región serena de la eterna paz.

Anselmo, Ambrosio, Jerónimo, Crisóstomo, Agustín, los intelectuales del cielo, pedían que se le dejara explicarse y dar sus razones.

—El genio—Señor—siguió diciendo Franklin, apenas pudo hacerse oír de nuevo—es en el hombre el sello de tu divinidad. Por él reconocemos entre nosotros á tus elegidos.

La santidad misma, ¿qué es, en suma, sino uno de los aspectos del genio, el genio de la virtud y del bien? Se dice que este solo merece recompensa. ¿Somos, pues, injustos los mortales al tejer al genio coronas y tributarles homenajes, prodigándole el más alto premio que cabe en el poder humano, el de la gloria y la alabanza? Se afirma que el genio es don y solo la santidad mérito. ¡Qué error! Se nace bueno ó malo con disposición innata, irresistible á veces, á la virtud ó al crimen. La herencia, la educación, el ejemplo determinan casi siempre la condición moral del hombre. Pocos creen ya en el transparente de una voluntad arbitraria que saque el bien ó el mal de la nada de su albedío. Existen diferentes talentos. Hombres hay que carecen de todo sentido moral, ciegos del bien y sordos de la virtud.

La eficacia de la bondad es limitada é ilimitada la del genio. Cellini fué un asesino, pero cuántos deliquios místicos han inspirado las obras de su cincel mágico! Rafael no fué un modelo de continencia, pero nadie ha fijado mejor en el lienzo la pureza ideal de las vírgenes. Bacon era un adulator intrigante, pero abrió el pensamiento humano horizontes nuevos. Borón, excéptico y libertino, supo iluminar con siniestros resplandores los hondos abismos del alma. Resdime al genio la magnitud de su obra. El investigador que descubre una verdad hace á los humanos un bien más positivo que todos los padres del yermo.

Vosotros los elegidos, uniréis vuestras súplicas á la mía demandando del Señor esta gracia tan luego como hayáis considerado cuán grata ha de seros la sociedad de los espíritus superiores, ahora desterrados de aquí. Pensad que vais á admitir en vstra intimidad á todo lo que la especie humana ha producido de más excelso. Serán vuestros compañeros los instructores religiosos, esos hombres dotados de tan maravillosos...